

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 25 de Septiembre de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 39

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



OCIOS DE LA CAZA

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*Lea*, por Catulle Mendés.—*Del libro del trófico*, por Rubén Darío.—*La vida de las plantas*, por Dupont de Nemours.—*La vida*, por Evaristo Silió y Gutiérrez.—*Granada en el Centenario de Colón*, por P. Sañudo Antrán.—*Cantares*, por Federico de Sancho.—*El número dos*, por M. Corral Caballé.—*A mis flores*, por Eduardo Villegas.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*Estrenos*, por Guillermo de Loja.—*Cristóbal Colón* (continuación), por Alfonso de Lamartine.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

GRABADOS: Ocios de la caza.—Trabajo y vigilancia.—El sastre del Campillo.

CRÓNICA

Lescultor Benlliure ha enviado de Roma el grandioso monumento que habrá de inaugurarse en Granada durante la primera quincena de Octubre.

La obra del joven escultor, como suya, es verdaderamente maestra. Consta de un grandioso basamento, sobre el que descansa el pedestal que sostiene las dos figuras de Isabel la Católica y Colón.

En las caras laterales van dos altos relieves, representando uno el episodio ocurrido en el sitio de Vélez Málaga, y en el cual el Rey Católico tan gallardamente acudió á repeler el inesperado «rebato» de los moros. La figura del Rey, jinete en fogoso corcel, su empuje, la animación y bizarría de caballeros y peones, todo se revuelve y choca con el vigor y la valentía que sólo el buril de Benlliure sabe dar á esas escenas guerreras. Realmente, ese relieve ha de sobrepujar al de la toma de Algeciras, que lleva el monumento de D. Diego de Haro, y el cual, según la crítica, es uno de los más acabados de Benlliure.

El otro alto relieve representa uno de los episodios que, en el real de Santa Fe, se desarrollaron al firmar Colón su pacto para emprender el inmortal descubrimiento.

El pedestal encaja en los gustos del Renacimiento, y, por su forma y ornamentación, ha de llamar la atención seguramente, pues sólo se suelen ver de su género en Florencia y alguna otra ciudad italiana.

Benlliure envía, además, parte del monumento á María Cristina, y el que por suscripción se eleva al general Cassola en el parque de la Montaña.

Es asombrosa la fecundidad de ese joven casi imberbe, que, además de los monumentos citados, ha hecho en lo que va de año gran parte del espléndido mausoleo á Gayerre, dos bustos pompeyanos con relieves y dos estatuas bellísimas para el suntuoso palacio que está concluyendo en la Castellana la duquesa Angela de Medinaceli.

Además de esto, Mariano Benlliure trabaja en unos relieves que han de servir de friso á un vasto salón de Marguay, y en New York, concluye un hermoso medallón para el sepulcro del glorioso poeta W. Querol, y prepara una serie de figuras de género, de las cuales, las que representan tipos populares de Italia, ya están concluidos.

Para la próxima Exposición sólo presenta dos relieves que forman parte del grupo «Canto de Amor» y un busto del insigne pintor valenciano Domingo Marqués.

* *

Los 26.000 operarios que trabajan en la fábrica de cañones de M. Alfredo Krupp han levantado un monumento á este famoso industrial en prueba del cariño y respeto que le profesan. La indicada obra se ha hecho por suscripción voluntaria, que ha producido 80.000 marcos, ó sean 100.000 francos.

El inmenso número de obreros de que antes hemos hablado, la mayor parte de los cuales tienen familia, como se comprende, viven cerca de los talleres de M. Krupp, formando una verdadera población, que cuenta con iglesia, escuela, teatro, fondas, etc.

M. Alfredo Krupp, á quien se ha levantado dicho monumento, nació en 1812, dos años después de haber fundado su padre el establecimiento. Al actual dueño de éste se debe la extensión que ha adquirido, merced al alto grado de fusión que ha sabido dar al acero, pudiendo elaborarlo en un solo bloque hasta de 40 toneladas, para lo cual cuenta con un martillo que cuesta tres millones de pesetas, y pesa 50 toneladas, y que, por un mecanismo especial, bas-

tan cinco ó seis hombres para moverlo. Hasta fines de 1856, M. Krupp suministraba todos los cañones que Prusia y Rusia necesitaban; después de dicha fecha ha construido algunos gigantescos para distintos países de Europa.

* *

El laureado pintor español que reside en París, Sr. Luna, ha sido á la vez actor y víctima de una tremenda tragedia.

La infidelidad y el adulterio han destrozado su corazón de esposo y padre amantísimo.

Los pintores españoles, al conocer la profunda desgracia de que es víctima su compañero Sr. Luna Novicio, que en un momento de arrebatado ciego, pero, según parece, justificado y honroso, ha herido gravemente á su esposa infiel y ha dado muerte á la madre de ésta; queriendo darle algún lenitivo en el profundo dolor que debe causarle la extremada situación á que la fatalidad de los hechos le ha conducido, le dirigen la siguiente carta, redactada por un eminente literato en el Círculo de Bellas Artes.

Nos parece noble y piadoso este rasgo de compañerismo, que se encamina á levantar el ánimo y á consolar el espíritu de un compatriota nuestro, que en tierra extraña y cegado por la pasión y el noble enojo del honor ofendido, ha derramado la sangre de los suyos para lavar las ofensas que hicieron en su honra.

Hé aquí la carta:

«Sr. D. Juan Luna Novicio.

Nuestro querido amigo y compañero: Llega hasta nosotros la triste noticia del tremendo drama de familia en que ha sido Ud. á la vez actor y víctima, y sin prejuzgar la cuestión, pero conociendo la nobleza de sus sentimientos y de su carácter, no podemos menos de asociarnos al inmenso dolor que le aflige y reiterarle en esta ocasión, como artistas unos, como amigos todos, el testimonio de aprecio y simpatías con que somos de Ud. afectísimos.

Bernardo Rico, Alejandro Sain Aubin, M. Ruiz Guerrero, M. Ducasi, Antonio Gil Montejano, Aureliano de Beruete, Enrique Simoné, Manuel Crespo, Alfredo Perea, Eduardo Pelayo, Lhardy, Juan Esgrima, José Alcoverro, Manuel Alcázar, Martínez Lumbreras, Jaime Morera, Jerónimo Suñol Valcorva, Luis Romea, Carlos Franquelo, José Bermudo, José Arija, Plácido Francés, Cecilio Pla (siguen las firmas).»

También los pintores españoles residentes en París han publicado una carta muy digna y elocuente dirigida al Sr. Luna, en la que se asocian á su dolor, reiterándole la expresión de su amistad.

J. G. M.

LEA

Dos palafreneros hubieron de salir de la casa en menos de seis meses, indignados porque la señorita les había azotado el rostro con un látigo; y la que tales humos gastaba era una rapazuela que apenas tendría diez y seis años, pero tan iracunda y rabiosa, tan violenta y arrebatada, que, con ser tan joven, ya tenía ataques de nervios, rabieta, pataleos, poniendo el grito en el cielo y la mano en el rostro de cualquiera.

Por ser muy recelosa, la causa más insignificante... por ejemplo, un capricho que no podía satisfacer ó un deseo que no acertaba á lograr, la exasperaba tanto, que, gritando como una loca, clavábase las uñas en sus propias carnes ó en sus vestidos, y se mordía los labios como una persona mayor.

Sus momentos de calma eran veloces, rapidísimos, porque pronto daba en su constante enojo, y diríase de ella que era como esos cachorros domesticados, que, de cuando en cuando, no pueden contener sus ímpetus de arañar y morder.

Cuéntase que era de raza portuguesa, y que uno de sus antepasados fué un capataz de negros; hombre feroz y desalmado que solía volver cotidianamente á su casa con el cuerpo molido, á fuerza de molerlo á los otros, y aun con el traje bañado en sangre.

Quizás la pobre muchacha había heredado de este hombre tan brutal condición y aquella necesidad imperiosa de oponer á la ofensa el fallo y el castigo á un tiempo mismo, convirtiéndose por este medio en juez y en verdugo á raíz del agravio.

Desde un convento, donde fué educada, pasó á una vida en cierto modo mundana, y, comparando su libertad presente con su esclavitud pasada, sentía enojo por la reclusión que le habían impuesto.

Ni aun su madre podía dominarla; y no era porque Lea no la quisiese, no; no era por eso. La joven adoraba á la que le dió el ser, y muchas veces, abrazándola con verdadero frenesí, cubría de ardorosos besos sus mejillas y la oprimía ardientemente contra su pecho; pero también es verdad que en otras ocasiones la detestaba con infantil rencor, sin duda á causa de recibir de ella algunos consejos y reprimendas; pues era Lea moza de tal temple, que no olvidaba... qué digo, un bofetón... ni siquiera una palabra que la enojase.

Lo que más la exasperó, sin explicarse claramente el motivo, fué que su madre hubiera contraído nuevo matrimonio, llegando á ser condesa de Asprieres, de simple viuda de Pontevedra que antes era.

Verdad es que la madre de Lea tendría unos treinta años y era muy hermosa, según decían todos; pues bien, la hija, ya fuese que la enojara ver repudiado el nombre de la familia, ó por respeto á la memoria del padre, ó por la inquina que suelen tener los hijos á sus padrastros, ello es que se aferró en no asistir al casamiento de su madre, y que, encerrada en un cuarto por salir con su idea, estuvo más de dos días, sin hablar con nadie y queriendo morir de hambre, mientras daba puñetazos en las mesas y en las puertas con otras muchas señales de desesperación.

No soportaba con calma la presencia de aquel hombre, que, no siendo el amo de la casa, mandaba á los criados; y le irritaba también verle entrar en la habitación de su madre, tomándose allí ciertas libertades que puede suponer el lector.

Tampoco podía sufrir Lea, ó, al menos, la importunaba, que un hombre demasiado joven para ser padre de una moza de dieciséis años, la tratase como si fuera su hija, la llamase Lea, así como suena, le pellizcara las mejillas, la tutease y le dijera cuando llegase la noche:

—Ea, niña, á dormir, que ya es hora.

Por estas razones, y por otras que no lo eran, estaba la muchacha como estaba; y baste decir que en cierta ocasión, jugando con el gato, el pobre animal le dió un arañazo, y ella, cogiéndole por el cuello, comenzó á apretar, y á apretar cada vez más, sin darse cuenta al principio y con placer al fin, hasta que, inconscientemente, pero obedeciendo á un desahogo necesario, estranguló al gatito mimado, parodiando en ello al clérigo Dellasolonge, que estranguló á su querida.

Por esta condición suya, no gozaba de muchas simpatías en las reuniones que su madre frecuentaba; pues solía suceder dar la muchacha contestaciones desabridas, diciendo de vez en cuando:—no me enojéis,—de tal suerte, que á cualquiera se le quitaban las ganas de enojarla.

Así pues, en la soledad de su habitación permanecía Lea muchas horas, paseándola de arriba á abajo, ó leyendo de pie algunos libros cualesquiera, de los que rasgaba las hojas que no le gustaban.

Tan sólo al despuntar el alba, cuando todos dormían aún en el hotel, era cuando Lea parecía feliz y disfrutaba á sus anchas al montar en un caballo por ella misma enjaezado, y al cruzar después, vestida de amazona, galopando el bizarro animal, extensas llanuras, intrincados bosques, cuevas y rampas endiabladas, azotando siempre el cuello del bruto, clavándole la espuela en el vientre y obligándole á saltar zanjas y zarzas, por todo lo cual, en más de una ocasión, tuvo que volver á su casa con el traje rasgado, una herida en la frente y las manos ensangrentadas.

Cierta noche, cuando acababa Lea de vestirse para asistir á un baile, el conde de Asprieres, que llegaba á ver si ya su esposa estaba dispuesta para salir, dió dos golpes en la puerta de la habitación.

—Entrad,—dijo la condesa.

—Pero, mamá, yo no he concluido aún, y tengo los brazos desnudos por completo.

—Vaya, vaya,—dijo la madre;—tú eres una niña... Puedes entrar, Jorge.

Lea clavó de un solo golpe el abanico en la luna del espejo en donde se miraba, y aquellos múltiples fragmentos del cristal, reflejaban el rostro pálido y ceñoso de la joven.

Al siguiente día, y al declinar de la tarde, las primeras brisas del crepúsculo refrescaron un tanto el caloroso ambiente, y, aprovechando tan apacible tiempo, Lea, vestida de amazona, manejando el látigo y sonriendo, aunque esto en ella fuera muy extraño, entró en la habitación del conde de Asprieres y le dijo:

—¿Quiere Ud. venir á pasear conmigo mientras preparan la comida?

Llegó el conde al último grado del asombro.

—¡Hola! ¡Estás hoy de buen humor!... Bueno... ¡Has mandado ensillar los caballos?... Pues, vamos allá...»

El era buen jinete y ella loca amazona; así pues, pasearon alegres y descuidados bajo el tupido follaje de los árboles, fuente inagotable de rumores y perfumes.

Galopaban sin cesar; ella de vez en cuando maltrataba al caballo, mostrando sonriente aquellos dienteillos de lobezno.

—Cualquiera que nos viera,—dijo ella,—juntos

y solos, podría sospechar que Ud. fuera... un hombre afortunado....

El reía también, gozando acaso ante aquella transformación de la niña cerril en mujercita graciosa, tanto más cuanto que su aire de muchacho travieso la sentaba á las mil maravillas.

Fué un paseo delicioso. .. pero ocurrió un percance, y fué ello que casualmente, sin duda casualmente, al cruzar junto al restaurant de Ermenonville, el caballo de Lea, que corría veloz, tropezó contra el tronco de un árbol, cayendo con la amazona al suelo.

Levantóse Lea con presteza, sin haberse causado daño alguno, desternillándose de risa y con el rostro algo salpicado de arena.

Apeóse también el conde de Asprieres, y, siguiendo á Lea, entró en el restaurant, donde la muchacha pidió con viveza una botella de champagne; cogióla con las dos manos, la golpeó en la mesa, haciendo saltar el cuello de cristal, y con aquel dorado licor se lavó la cara y se mojó los dedos con tal gracejo y donaire, que una ninfa parecía bebiendo agua en la palma de su mano.

Todo esto ocurrió en un gabinete que Lea había pedido y en donde manifestó deseos de comer.

El conde, alborozado como estaba por aquella extraordinaria é inesperada transformación, que era un signo seguro de la paz doméstica, accedió gustoso á todos los caprichos de Lea; y era lo más notable que, mientras comían, ella charlaba sin cesar, gesticulando con viva expresión y jocunda alegría, riéndose, en fin, por una servilleta que cayera, una botella que se destapara con algún ruido ó por mirar acaso la estúpida gravedad del mozo.

—¡Caramba!—decía ella.—No había comido aún en gabinete particular.

El permitía indulgentemente aquellos desahogos, pensando en el gozo de la condesa de Asprieres cuando llegara á saber que su hija, tan adusta y huraña generalmente, había tenido tantos esparcimientos y jovialidades.

Ella había bebido mucho, obligando también al conde á que bebiera.

—¡Dios mío, qué calor hace!—dijo Lea.

—¿Quieres que abra la ventana?—replicó el conde.

—No..... no.....—repuso la joven, y con presteza se desabrochó las primeras presillas del corsé.

Descubrió la suave blancura de su delicado seno, y el conde miraba, distraído primero y con atención después, de aquel pecho tiernísimo las tintas de nieve y los matices de rosa.

—¡Diablo de muchacha!

Era una niña.... casi la hija del conde de Asprieres, y todo esto alguna vez que otra lo pensaba el conde; mientras Lea, continuando sus diabólicas travesuras, derramaba champagne en todos los vasos y copas, diciendo:

—Beba Ud., beba Ud. Creo que estoy alegre....

Cuando el mozo entraba, levantaba Lea su corsé, aflojándolo después cuando el mozo salía.

Habló de todo, rió por todo é hizo mil preguntas propias de muchacha traviesa. ¡Y qué hermosa estaba! ¡Parecía un relámpago de nieve la brillante albura de sus dientes!

A medida que el tiempo pasaba, sentía Lea más calor; y por ello, levantándose ligera, se dirigió hacia la ventana; pero antes de llegar á ella, pareció cambiar de idea: desanduvo sus pasos, abrióse el corsé hasta la cintura, y acercándose al conde, se le sentó en las rodillas.

—¡Qué alegre estoy!—decía ella.—¡Cuán agradable sería tener aquí la cama para dormir la siesta!

El conde se puso pálido. Quería rechazarla, decirle:

—Vamos, que ya es tarde; tu madre estará impaciente. Ponte el sombrero y vámonos.

Pero no se atrevió.

Lea le miraba con ojos alegres, mostrando sonriente aquel su hermoso rostro, algo enrojecido por las copas del champagne, que aun parecía fresco en sus labios. ¡Cuán dulce era el perfume del seno que palpitaba bajo la muselina y el suave contacto de tan ligera carga!

El conde se puso bruscamente de pie, cogió á Lea por las muñecas, la oprimió contra su pecho, le dió un beso ardiente en la boca, pero... la joven le rechazó con desabrimiento brutal, y, mientras sonreía triunfante, le azotó el rostro con el crujiente látigo; salió después del gabinete dando tremendo portazo, bajó la escalera, pidió el caballo, montó, partió velozmente hacia la quinta, y al llegar entró en la habitación de la condesa.

—Madre,—dijo,—parece que el conde no me encuentra tan niña como tú; pero yo... te he tenido lástima.

CATULLE MENDÉS.

DEL LIBRO DEL TRÓPICO

Sinfonía en gris mayor.

El mar como un vasto cristal azogado refleja la lámina de un cielo de zinc, lejanas bandadas de pájaros manchan el fondo bruñido de pálido gris.

El sol, como un vidrio redondo y opaco, con pasos de enfermo camina al zenit, el viento marino descansa en la sombra, teniendo de almohada su negro clarín.

Las olas que mueven su vientre de plomo debajo del muelle parecen gemir. Sentado en un cable, fumando en su pipa, está un maninero pensando en las playas de un vago, lejano, brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara los rayos de fuego del sol del Brasil; los recios tifones del mar de la China le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre há tiempo conoce su roja nariz, sus crespos cabellos, su gorra de lana, sus biceps de atleta, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco ve el viejo, el lejano, brumoso país, adonde una tarde caliente y dorada tendidas las velas, partió el bergantín...

La siesta del trópico. El lobo se duerme. Ya todo lo envuelve la gama del gris: parece que un suave y enorme esfumino del curvo horizonte borrara el confin.

La costa del trópico. La vieja cigarra ensaya su ronca guitarra senil y el grillo preludia su solo monótono en la única cuerda que está en su violín.

RUBÉN DARÍO.

LA VIDA DE LAS PLANTAS



Es muy fácil y acaso muy natural que un animal tan voraz como el hombre trate con poca consideración á las plantas que se dejan devorar tan apaciblemente.

Yo, sin embargo, no quisiera haber ofendido á las rosas. Nadie está más dispuesto que yo á creer con los antiguos que todo árbol es el asilo ó la prisión de una ninfa.

No sabemos lo bastante sobre la naturaleza de los vegetales, ni si constituyen un reino de la naturaleza. Nuestros padres lo decían; se nos ha repetido en nuestra infancia; pero nuestros contemporáneos empiezan á negarlo.

Dudar, observar atentamente; pensar mucho para aprender poco: este es el lote de nuestra debilidad, cuando es sabia.

Nosotros observamos en los vegetales tres ó cuatro fenómenos principales: su crecimiento, su salud, sus amores, su reproducción; y dos especies de vida: la que les hace crecer, nutrirse, extenderse, que nos parece puramente vegetal; la que los hace amar, fecundarse, dar frutos, granos que tienen todos las propiedades de los huevos; manera de ser tan activa y voluptuosa que llega á los límites de la animalidad, suponiendo que no lo sea.

Los pólipos son ciertamente muy parecidos á los vegetales y acaso los pulgones, los volvoques, la mayor parte de los insectos microscópicos seminales ó infusorios, que se multiplican al parecer como las plantas de dos maneras, por la generación y por yemas.

¿Es la planta una especie de animal privado de ojos, de orejas y de piernas, dotado en compensación de una multitud de bocas, de brazos superiores é inferiores, de manos y de órganos reproductores, en que el número prodigioso de sus placeres, suplido en lo posible en cada una de sus sensaciones, acusa la falta de voluntad y de energía?

¿Una planta es una familia, una república, una especie de colmena viva, cuyos habitantes, miembros, ciudadanos, toman el alimento en común, comen en refectorio; ó bien cada flor, cada estambre, cada pistilo es un individuo, con su animación, sus necesidades imperiosas y dulces, sus voluptuosidades, su dicha y sus sufrimientos aparte?

¿Es lo uno ó lo otro? ¿Es ambas cosas? Vale la pena de observarlo.

La mayor parte de las plantas, todas las de la inmensa clase de las dicotiledones, tienen una medula espinal, cuya posición y una parte de sus propiedades no dejan de tener relación con la de los animales vertebrados. Cada una de sus ramas tiene también una medula central como los miembros de los animales que se ramifican á partir del tronco en sus primeras articulaciones en uno, después en dos, tres, cuatro ó cinco sin contar la cola, que es una rama más para los animales que no carecen de ella. En los monocotiledones, la medula menos local, extendida en una multitud de tubos, los aproxima á los animales invertebrados. En los acotiledones llena al parecer el tejido celular, lo que los asimila todavía más á un gran número de moluscos.

Todas tienen millares de tráqueas por las cuales atraen las raíces y conducen al tronco las

aguas, los aceites, sales, alúmina que les provienen de la tierra, ó que les suministran los abonos, y elevan también á las ramas, hojas y corteza los fluidos acuosos y aeriformes de que sin cesar están bañadas. Ellas se nutren como nosotros mismos con la única diferencia de que tienen sus chupadores por fuera y nosotros por dentro; finalmente, digieren. Tienen un quilo que se apropia sus alimentos, y que después de que han evacuado por transpiraciones y secreciones regulares lo que no las conviene retener, las suministra una savia que circula como nuestra sangre y nuestra linfa. Tienen un jugo propio que reemplaza en ellas nuestro fluido nervioso. Tienen sus vigiliás, su sueño, sus aspiraciones y espiraciones, sus pérdidas, la combustión del aire atmosférico que han absorbido y la separación de los elementos que le componen de los que absorben unos y repelen otros, como hacen los animales ó con poca diferencia. Tienen, pues, pulmones ó branquias que hacen su oficio, aunque nos sean poco perceptibles, porque donde se encuentran efectos semejantes, hay órganos de la misma naturaleza ó susceptibles de los mismos usos.

Sus pulmones son todavía más útiles para ellas que los nuestros. No tienen las mismas repugnancias, porque las sirven al mismo tiempo de estómago. Nuestro estómago tolera bastante bien el ázoe que nuestros pulmones no pueden soportar. El estómago pulmón de las plantas asimila el ázoe y el oxígeno, se alimenta del primero, no consume más que una parte del segundo y expelle el exceso después de haberle purificado, y cargado solamente de una débil dosis de ácido carbónico. De este modo prestan los animales el importante servicio de purificar el aire que necesitan recibir más oxigenado. El ilustre y virtuoso La Rochefoucauld, que amaba con tanto ardor las ciencias y la patria y cuyo asesinato fué uno de los mayores crímenes de la revolución, había hecho sobre este punto muy curiosos é instructivos experimentos.

Parece muy probable que comunicando la medula por los utrículos horizontales y las prolongaciones medulares con las tráqueas de la corteza, llena en las plantas la función pulmonar. Puede presumirse que así sea, no tanto por la textura blanda y valvular de este órgano, cuanto por la observación del hecho que acompaña ó más bien precede á la muerte de las plantas y que es muy notable en las plantas dicotiledones.

Mientras la planta es joven, vigorosa, la circulación de la savia libre y fácil la eleva en gran cantidad á la cima, en donde la medula menos revestida, más próxima á la corteza, comunicándose con un aire más renovado por el intermedio de un leño más delgado y tierno, y por tráqueas y utrículos más abiertos, ejerce una respiración más fácil y continua, y experimenta con más fuerza la combustión que la acompaña en todos los seres que respiran. La savia ascendente lleva á aquel sitio el tributo de hidrógeno que la han suministrado la humedad de la tierra y el riego. Apresurándose á elevarse hacia la copa, en las fibras longitudinales apretadas unas contra otras, comprimidas por la corteza y siempre algo cónicas, las obliga casi mecánicamente á ganar en longitud y hace crecer la planta. La savia llega, por último, al foco principal; el contacto de los dos aires que en él se reúnen, uno procedente de la tierra y otro de la atmósfera, y el movimiento respiratorio que los confunde, que los mezcla, opera la combustión. Esta da en seguida, como en los animales, origen á la producción de nueva agua. Esta producción de agua por la combustión de ambos aires, durante la respiración de la planta y en el extremo del tallo, se demuestra por el exceso de la savia descendente sobre la ascendente, exceso que explica el rodete que forma cuando se interrumpe artificialmente la circulación. Es digno de notarse que uniforme es la naturaleza en esta producción de agua por el mismo procedimiento que en los animales, y cuán sencillas y generales son sus leyes.

Cuando la grande elevación del árbol, su mucha edad, el endurecimiento y estrechamiento de sus conductos, y principalmente del tubo medular, impiden después que la savia ascendente llegue con la misma abundancia á quemarse con el aire aspirado á la extremidad de la llama, en el foco más vivo de esta lámpara vegetal, como la sangre y la linfa se queman con el aire en la lámpara animal, que se denomina pulmones, este aire cuya combustión no cesa y hasta se hace más viva porque el hidrógeno neutraliza menos el oxígeno en ella, consume, en vez de la savia que llega en menos cantidad, los vasos que deberían suministrarla.

La medula más seca, experimenta una oxidación que al principio no es más que una especie de herpe y que degenera en seguida en un verdadero estado de gangrena.

El árbol se corona, y si no se pone pronto remedio, invade la enfermedad todo el conducto medular y hasta el leño que ocupa una parte de él en los árboles donde la obstruye, después las capas inferiores, y el árbol se ahueca y muere. Esta es su muerte de vejez. Es muy parecida á la muerte de los animales, cuyo fin no precipitan las heridas ó enfermedades.

Pero ¡cosa sorprendente! la planta presenta para la conservación de su vida más resistencia

que los mismos animales. La teoría y la práctica de nuestras enfermedades médicas y quirúrgicas encuentran en ellas su perfecta aplicación, y los medios curativos son más seguros, más eficaces para ellas que para nosotros. Puede retardarse la muerte de las plantas, puede rejuvenecerse.

Cuando la horrible enfermedad que acabamos de describir, la implacable vejez, ataca á los pulmones, devora la medula y anuncia su muerte, basta cortar la cabeza de la planta por debajo del sitio atacado por la gangrena y en el de afección de la medula, y resguardar bien la herida del contacto del aire, para que en el sitio de la copa herido de decrepitud retoñe una nueva cabeza llena de vigor y provista de nueva medula. Si están enfermas muchas ramas, se cortan y pronto son reemplazadas por otras. El éxito es seguro si no se ha retrasado la operación, si los radios medulares, que son las vísceras nobles de las plantas, están completamente sanas en la parte conservada, y comunican con una corteza cuyas bombas aspirantes estén en buen estado, que no sea viciosa ni alterado. Se puede cortar también el tronco á flor de tierra y sobre sus despojos, su corteza, su savia y sus botones, renacen muchos árboles nutridos primero por las mismas raíces, arrojándolas después propias. Hay transmisión de una vida no interrumpida; nada muere sino lo cortado.

Esto no es un privilegio de los árboles. Las hierbas gozan de la misma fortuna. El césped joven, regado pronto, conserva su verdor y aprietta cada vez más sus renuevos. Le golpeáis y sufre y se rebela. Hijo de la tierra, como Anteo, renace bajo vuestros golpes más fuerte y más fresco que antes.

¿De dónde procede esto?—Es que además de la vida general de que está animada la planta y que comunica á sus ramas, cada una es una planta semejante á aquella de que procede, implantada sobre su tronco, como ésta lo está en el suelo (1), con su vida y su economía particulares y que contribuye con ellas á la buena constitución del todo de que saca su principal subsistencia.

Esta parte de la historia de la planta abraza todas sus edades y presenta una multitud de propiedades visiblemente animales que no pueden considerarse sin convenir en que no solamente la planta es un animal, tomando esta palabra en la acepción más genérica, sino que una planta es una confederación de animales, todos afines, todos íntimamente unidos y ayudándose unos á otros, trabajando todos para el bien de su sociedad y siempre prontos á reparar las desgracias de la guerra de que no pueden huir y que saben desafiar.

¿Es esto todo?—No por cierto.—No es nada todavía.

Apresurémonos á llegar á las flores.

Cada una de ellas tiene su infancia, su apertura, su pasión. En las que son *andróginas*, en las que cada corola es la habitación de una familia, la morada fraternal, amistosa de algunas amables princesas, la simple vista puede descubrir algunas veces, y la lente casi siempre, actitudes, movimientos, gestos que no tienen nada de equivoco; el amor, primero suplicante y respetuoso, después impetuoso... el reconocimiento entusiasta. Unas son tímidas, otras coquetas y atrevidas....

En aquellas en que los dos sexos están separados y pertenecen á flores diversas, ya sea sobre la misma planta, ya sobre plantas análogas pero diferentes y que pueden estar alejadas una de otra, los machos tienen algo del ardor melancólico y solitario del monje, y las hembras, que fundan toda su dicha en el zéfiro y que perecen de esterilidad si no se mueve el viento, presentan un poco del éxtasis de las almas tiernas y resignadas, que no esperan ningún bien sino de la bendición del cielo.

Todo esto es débil y confuso, porque la corteza de sus sentidos aminora las sensaciones, y, no pudiendo excitarlas unas con otras, no pueden darse cuenta de ellas.

Nosotros tenemos algunos sentidos más. Tenemos el uso de ellos en mayor grado, lo cual sirve mucho para la combinación de sus relaciones, pues no hay un sentido que no sea multiplicando y multiplicador á la vez de los otros; esto hace que la perfección mayor ó menor de los animales resulte del número y de la calidad de sus sentidos.

DUPONT DE NEMOURS.

LA VIDA

A la voz que en sí propia ser y alma lleva,
Del germen de la vida surge una nueva
Generación;

Y nueva caravana, sin rumbo cierto,
Va indecisa del triste vital desierto
Por la extensión.

(1) La vida particular de cada rama y su implantación sobre el tronco están demostradas por el fenómeno del injerto, que introduce en un árbol ramas extrañas, como un yerno ó una nuera en una familia. Estos se hacen de ella, pero sin perder su individualidad, y la raza que en el crean les es propia. (Nota de Dupont de Nemours.)

Su espíritu se inquieta, su anhelo crece,
De su inocencia el sueño se desvanece
Por siempre ya:
Su pecho por la dicha fugaz se afana,
Y así por el desierto la caravana
Marchando va.

Tal vez el bien vislumbra por que suspira;
Mas anda, y cuando cerca la visión mira,
Su bien no ve;
Y así, presa mil veces del desencanto,
El arenal estéril riega con llanto
¡Su amante fe!

Tal vez su inútil marcha parar medita;
Mas la esperanza entonces tenaz le grita:
«Vé más allá...»
El bien, que hoy busca, espera lograr mañana;
Y así por el desierto la caravana
¡Marchando va!

En pos de anhelo tanto, de tanta pena,
Un día surgir mira sobre la arena,
Fascinador,
El oasis que, al ansia mortal abierto,
De palmas y de flores en el desierto
Labró el amor.

Ya la aridez no siente por do camina;
Ya sólo ve el recinto do se avecina
Su frenesí;
Sus ilusiones crecen, le invade ufana,
Y el angustioso viaje la caravana
Detiene allí.

Mas el Estío llega, y, á sus rigores,
Para su anhelo pierden palmas y flores
Su encanto ya;
Un nuevo desengaño su pecho afana;
¡Y otra vez el desierto la caravana
Cruzando va!

Y ya en vano su pena calmar procura,
Nuevos afanes halla, nueva amargura,
La dicha no.
¡Que en el triste desierto, do anhela tanto,
Sólo se halla el oasis de breve encanto
Que atrás dejó!

Y aun avanza, y aun lucha con su agonía;
Pero lejos, muy lejos, trémula guía
La planta allá...
Seguirla ya no puede la vista humana...
¡Ya sólo Dios ve adónde la caravana
Marchando va!

Y así por el desierto, yo peregrino,
Apartar quiero en vano de su camino
Mis pasos hoy;
El mismo afán, la misma vereda tengo;
¡Y sólo el cielo sabe de dónde vengo
Y adónde voy!

Y así generaciones sin cuento han ido
Perdiéndose á lo lejos, el pecho herido
Del mismo afán;
Así expiran las tristes glorias humanas,
Y así por el desierto las caravanas
¡Pasando van!

EVARISTO SILIÓ Y GUTIÉRREZ.

GRANADA EN EL CENTENARIO DE COLÓN



A ciudad de la Alhambra, del Generalife y los cármes, de la hermosa vega, del cielo radiante, de las mujeres bonitas, del Darro, del Genil y de la Cartuja, allí donde se mezclan los recuerdos de la fe religiosa con el orientalismo de antiguos reyes africanos, adonde á corta distancia se cubren las montañas de nieve y brotan de la población misma jardines, y se respira ambiente perfumado de flores, y se contemplan restos bellísimos de la antigua población mora enclavada en el Albaicín, la ciudad cantada por los poetas, trasladada al lienzo por los pinceles de los pintores, soñada por los viajeros de remotos países, querida como un preciado monumento de nuestra historia, admirada de propios y extraños, se prepara á celebrar dignamente el cuarto centenario del descubrimiento de América por Colón, acogido en su empresa por la que supo llevar á cabo la grandiosa de la Reconquista iniciada por Don Pelayo en las montañas de Asturias.

Honrando Granada á Colón, glorifica asimismo el recuerdo de aquella fecha memorable y el de aquella augusta señora que tanto ó más que por lo egregio de su estirpe, lo fuera por lo elevado de sus sentimientos, lo gigantesco de su espíritu, la bondad de su alma, lo inmenso de su fe, lo acendrado y lo heroico de su patriotismo.

Isabel la Católica reconquistó de los árabes su último baluarte, coronando este hecho con el descubrimiento de América que realizó Colón, mediante la generosa ayuda de la admirable Reina castellana, cuyos restos conserva la urna

que se levanta en la Catedral de Granada, severa como el energético carácter de la soberana, inquebrantable en la lucha.

A un tiempo mismo brilló la hermosa luz de la fe en América y en España, en los sitios adonde poco tiempo hacía imperaba el culto á Mahoma, sustituyendo á la media luna, en la torre más alta de los jardines de la Alhambra, el estandarte de los Reyes Católicos, cuyo triunfo pregona siempre el sonoro tañido de la campana que se escucha distintamente en toda la antigua ciudad morisca y en la vega extensa que la rodea.

Eco de gloria que no se pierde en la sucesión de los siglos, tan fijo y perenne como la excelsa memoria de Isabel la Católica, como el metal en que pareciera haber quedado grabada la fecha de la redención de la patria.

Y Granada va á engalanarse; con júbilo indescriptible prepara las fiestas con que ha de conmemorar el fausto acontecimiento que en toda España ha de celebrarse, uniendo la expresión de su sentimiento patrio al de todos; su óbolo de admiración y alegría á las otras provincias; lo mismo á la de Huelva, que vió partir desde Palos al intrépido navegante; que á la de Barcelona, á cuyo puerto llegó; que á la de Córdoba, adonde residiera por algún tiempo y cuna, según muchos historiadores, de su segunda esposa; que á Madrid, centro de la nacionalidad española.

Dando vista á los paseos del Salón y la Bomba y al río que los besa con sus aguas, adonde se refleja en las fantaseadoras noches de estío, la luz de la luna, mezclada en los tiempos de feria con las innumerables de gas y de farolillos á *giorno*, que forman poderosísimos focos, se ha levantado ya el pedestal que ha de sostener la estatua que representa á Isabel la Católica, con medallones en su pie, que figuran los principales hechos de su reinado, apareciendo en primera línea la rendición de Granada y la presentación de Colón; obra magnífica de arte, debida al buril de Benlliure, el gran escultor que en los tiempos modernos honrando está el suelo de nuestra patria, que para gloria de España le vió nacer.

Al acto solemne de la inauguración de la estatua asistirá S. M. la Reina Regente y representantes de América.

Himnos de alabanza por donde quiera, transportes de febril entusiasmo, estrofas de inspirados conceptos, notas de notable armonía, llenarán el espacio dentro de un mes en la hermosa Granada, que tendrá siempre en sí lo soberano de su Alcázar morisco, de su naturaleza incomparable, de su espléndido sol y su historia brillante, cuyas páginas esmaltara la imaginación de los trovadores, las leyendas, con su misterioso interés, los *gnomos* de la Alhambra por el poeta del pueblo español, evocados en una de las torres del encantado Alcázar árabe que admira la población y la campiña, sorprendiendo Zorrilla el sueño de sus sombras poéticas, cuando Granada dormía arrullada por el casi imperceptible murmullo del Genil y del Darro, interrumpido por la campana de la Vela.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

13 Septiembre 1892.

CANTARES

Te busco, y te alejas;
te llamo, y no vienes;
¡adiós, ilusiones; adiós, alegrías,
adiós para siempre!

Tus manos podrán decirte
qué cariño es verdadero:
él las llena de monedas,
yo las llenaba de besos.

Cuando me fuí de mi casa,
tomé la luna por madre,
las estrellas por hermanas.

Los que me ven sonriente
se creen que soy dichoso,
porque no saben que río
por disimular que lloro.

Cuando á mí te aproximas
llena de encantos,
para verte á mi gusto
los ojos abro;
cuando estás lejos,
para verte de cerca
los ojos cierro.

¡Pobre corazón humano,
siempre sembrando ilusiones
y cogiendo desengaños!

De niño aprendí á querer;
queriendo aprendí á llorar;
llorando llegué á aprender
que al fin se llega á olvidar.

Llevo el sarcasmo en la cara;
los surcos de mi sonrisa
los han labrado mis lágrimas.

Estoy muerto por los rizos
que salen bajo tu nuca,
y lloro porque sospecho
que no he de besarlos nunca.

Las tardes de otoño
recuerdan al alma,
con el triste caer de las hojas,
que todo se acaba.

FEDERICO DE SANCHO.

EL NÚMERO DOS



Así a propósito para manejar el fusil que el incensario, más amante de los bélicos acordes de una charanga que del mejor trozo de música religiosa, era el sacristán de las monjas de Santa Clara de Tarragona; así es que sin despedirse del padre Vicario, ni de la tornera, que más de una vez le obsequió con bizcochos y otras golosinas, una mañana abandonó el convento, y decidido a no volver más a él y haciendo uso del caballo de San Francisco tomó el camino de Reus. Que el muchacho prometía era cosa predicha hasta lo infinito por las beatas, gustaba más de apedrear perros, cortejar muchachas y otros excelsos que de ayudar a misa, esto aparte del provecho que le producía la venta de cera sin tener colmenar.

No se cómo ni de qué manera pudo agenciarse Llopis, que así se llamaba el ex sacristán, los documentos necesarios para poder ser admitido en el ejército como voluntario; pero sí que de buenas a primeras le encontré hecho un recluta, sabiendo más marrullerías que un veterano.

Dos meses después era cabo, y gracias a su buena letra y a las simpatías que supo captarse del comandante Blay, fué destinado a la oficina. Blay era uno de esos viejos prematuros a los que los excesos de la juventud enervan antes de tiempo; sin embargo, el comandante no perdió la afición a las hijas de Eva, y por entonces sostenía relaciones nada lícitas con una morena de ojos negros, formas exuberantes y mirada abrasadora como si el sol de Andalucía hubiera puesto en ellos todo su fuego.

Llopis y la morena eran de la misma edad. Una tarde ambos jóvenes se encontraron en el paseo de *La Mina*: una mirada les fué suficiente para comunicarse todo el fuego que había en sus corazones: ¿quién a los diez y ocho años no ha creído tener en él un volcán? Desde aquel día a Llopis le parecían más largas las horas de oficina. El comandante le era antipático y su único anhelo consistía en plantarse frente a los balcones de su amada. Con los ojos fijos en ella, expresando con sus reflejos lo que el lenguaje vocal no puede definir, pasábasele las horas con rapidez, y solamente se separaba de aquel sitio cuando el toque de corneta de guardia le llamaba a la lista. De este modo transcurrió algún tiempo, sin que el cabo osase dirigir una palabra a la amante de su superior: ¿y para qué? Cuando lograban entenderse con una simple mirada, si en su amor había delito, moralmente estaba ya consumado.

No hay freno que pueda contener las pasiones de la juventud; una tarde Llopis llegó al pie de los balcones de su amada; ella le espera, la dirige una mirada indefinible en la que se reflejan el amor, la osadía y la desesperación: de un modo semejante le contesta la joven. Todas las vacilaciones, los respetos de Llopis al comandante desaparecen, y rápidamente deja su puesto para penetrar en la casa; sube, llega a la puerta del cuarto, que halla franca, entra en él, y en el gabinete ve a la joven: sin cambiar una sola frase, caen uno en brazos de otro, después suena un beso.....

**

Es imposible definir la impaciencia con que al siguiente día aguardaba Llopis que terminase la oficina; pero antes había de presentar a su superior la correspondencia oficial para que la firmase; cuando llegó la hora, el cabo, no sin algún temor, se presentó en el despacho de su jefe.

—Vamos a ver—le dijo éste después, de pasarle revista de una ojeada:—observo con disgusto que te vuelves algo *adán*. ¿Qué te falta en la levita?

—Nada, mi comandante—le contestó convencido de que se presentaba con el uniforme completo.

—Pues es algo: el número del regimiento, tal como le llevas en el costado izquierdo del cuello, no dice nada.

—Un dos—contestó el cabo llevándose la mano al sitio que le acababan de indicar.

—Pues tómale y olvida dónde le has perdido.

Una bomba que hubiese caído a sus pies no le causara más terror.....

Aquella misma tarde salía Llopis de Reus a incorporarse a su compañía, destacada en Valls. Desde entonces el cabo Llopis, hoy paisano, no se separa nunca del número dos. ¿De la morena?... Ignoro cuál habrá sido su suerte. Quién sabe si la

infeliz será hoy un átomo más, que aumenta el estercolero social.

M. CORRAL CABALLÉ.

Á MIS LECTORES

Hace tiempo que trabajo para dejar en mis versos, con palabras y expresiones que duren más que el acero, todo lo real de mi espíritu, toda el alma de mi cuerpo, los odios que me atormentan, los amores que profeso, lo que cayó en el olvido, lo que vive en el recuerdo, las ideas que se agitan sin salir del pensamiento, la duda que me consume, la imagen de lo que creo, las emociones que tienen por blanda cuna mi pecho, las extrañas vibraciones con que me agitan los nervios. Busco expresar con palabras de caracteres eternos, por qué gozo cuando gozo, por qué tiemblo cuando tiemblo, por qué gimo cuando gimo, por qué muero cuando muero; las causas que no se encuentran, lo que busco en el misterio, lo que sufro, a lo que aspiro, lo que río, lo que pienso, los afanes, las angustias, lo pasado, lo que espero, la hiel de mis desengaños, lo vano de mis ensueños...

Vosotros, que con sonrisa maliciosa vais atentos señalando en mis renglones uno a uno sus defectos, para vosotros escribo, por agradaros me enervo; quisiera dar de una vez todo lo que valgo y tengo... desengaños... esperanzas... y... ¡todos mis sentimientos! Y aunque lucho por echarlos a empujones de aquí dentro, como lapas en las rocas se aprietan en mi cerebro...
.....
¡Tienen razón! ¡Soy ingrato!
¡Me quieren más que los quiero!...
Si todos van a vosotros, para mí... ¿qué es lo que dejo?

EDUARDO VILLEGAS.

CENTENARIO DE COLÓN



CUPARÁN en el edificio del palacio de Museos de Recoletos: la planta principal, los objetos de la Exposición Histórico-Europea; la planta primera, la Exposición Histórica Hispano-Americana, y en la planta baja se exhibirá en un departamento la historia del arma blanca, desde el hacha de piedra hasta la más moderna espada, y en otro la del arma de fuego, desde la bombardera hasta la más perfeccionada ametralladora.

Probablemente se exhibirá también la historia de los elementos de fuerza naval, desde la vela primitiva hasta la última máquina de vapor.

La Exposición se ha dividido, aparte de los diferentes grupos en que está clasificada, en dos secciones principales correspondientes a las dos épocas que abarca: primera, precolombina, subdividida en otras dos de los tiempos proto-históricos y de los conocidamente históricos hasta el descubrimiento; y segunda, colombina y postcolombina, ó sea del material marítimo del descubrimiento de Colón y de los objetos que pertenecieron a éste y de aquellos que corresponden a los tiempos posteriores al descubrimiento hasta mediados del siglo xvii.

Comisiones enviadas por los países extranjeros han elegido ya sus locales en el piso primero; y si algún temor se abriga, no es el de que falten objetos que exponer, sino espacio bastante donde colocarlos, a pesar de la amplitud de aquellas salas, que parece nada bastará a llenar; tanto es así, que el Sr. Navarro Reverter, a nombre del Gobierno, ha cedido galantemente a los expositores extranjeros dos salas de las cuatro que se habían reservado para España, y será preciso tal vez habilitar alguno de los grandes patios cubiertos con el fin de hacer en él una instalación.

Todavía han de llegar muchos objetos para el certamen; pero la gran mayoría de ellos está ya en sus respectivas secciones ó en el piso bajo del edificio destinado a almacén, en cajas perfectamente acondicionadas y rotuladas, y cada una de las cuales, para evitar confusiones, tan fáciles en

medio de la gran aglomeración de bultos, lleva una etiqueta con los colores de su bandera nacional. Por cierto que lo singular del certamen comienza en los mismo embalajes, pues hay varios países de Centro América que envían sus colecciones en cajas de madera de cedro: tal es allí la abundancia de la misma.

Alguno de los objetos enviados no ha podido trasladarse aún a su sección respectiva, porque hay previamente que resolver para ello un verdadero problema de mecánica. Es la reproducción en cartón piedra de la pira de los sacrificios de la civilización azteca, y mide 2 y 1/2 metros en cuadro por uno en espesor. El enorme peso que tiene, 160 y tantas arrobas, ha ofrecido dificultades para trasladarlo a su sitio desde el almacén donde se encuentra por la escalera principal del edificio, ante la posibilidad de un accidente, y se llevará por la entrada de la calle de Serrano, por donde el acceso es más fácil.

En camino está ya también otra reproducción en cartón piedra de proporciones más extraordinarias aún, hasta el punto de que, no pudiendo pasar por los túneles de ferrocarril, ha habido que traerlo por la carretera.

Se trata de un Calendario que mide cuatro metros y medio en cuadro por uno de espesor.

En cambio en algunas secciones se van recibiendo bultos mucho más pequeños, pero de grandioso valor, particularmente, hasta ahora, los de Colombia, de cuyas cajas, al abrirlas, se sacan, sin interrupción, riquísimos objetos de oro, no más valiosos por el precioso metal que por el arte admirable con que están trabajados.

La colección de fotografías y pequeñas reproducciones en barro de lugares y monumentos de América y de habitaciones de los indios, es muy numerosa. Con ellas habrá que contentarse, en sustitución del primer pensamiento de hacer en el parque del Retiro instalaciones especiales, y traer a ellas también algunos indios de las diferentes razas que aún subsisten, pensamiento que es lástima no haya podido realizarse, pues hubo que desistir de él en vista de lo avanzado de la estación y de las dificultades que por otros conceptos se ofrecían.

En el certamen, idea del Sr. Presidente del Consejo, han tomado parte muy activa, para darle la mayor brillantez, el Subsecretario de Hacienda, Sr. Navarro Reverter; el arquitecto señor Ruiz de Salces; el Ministro de Méjico, General Riva Palacio; el de Portugal, Conde de Casa Ribeiro, y otros representantes de los Estados americanos.

**

La semana anterior fueron presentados al delegado general de la Exposición, Sr. Navarro Reverter, los comisionados que la República de los Estados Unidos envía a Madrid para estudiar el certamen.

El acto resultó solemne y al mismo tiempo afectuoso.

Componen la comisión norte-americana el Almirante S. B. Luce, comisario general; el teniente de navío Mr. F. C. Colwell, jefe de instalaciones; Mr. Stewart Culin, secretario general; doctor Thomas Wilson, profesor de Arqueología prehistórica; Mr. Walter Hough, del Museo Nacional de Washington; doctor J. Walter Vewkes, del Instituto de Washington, y Mr. John G. Owens, director del Museo de Peabody.

El almirante Luce leyó en inglés un breve y sentido discurso expresando el agrado con que los Estados Unidos asistían a la conmemoración del descubrimiento del Nuevo Mundo, que permitió establecer relaciones con el viejo continente.

En el mismo idioma, el Sr. Navarro Reverter dió la bienvenida a tan ilustres representantes, y expuso la satisfacción con que veía asociarse los americanos del Norte con los del Sur; estableciendo así una completa fraternidad entre ambos con España. Esta manifestación ha sido acogida con agrado por los representantes de los Estados Unidos.

Después el almirante Luce presentó a los comisionados al Sr. Navarro Reverter. Todos quedaron muy satisfechos del recibimiento, el cual puede contribuir a estrechar las relaciones de España con los Estados Unidos.

**

La junta directiva del Círculo de la Unión Mercantil é Industrial tiene acordado, entre otras solemnidades para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, conceder varios premios en metálico y diplomas de honor a aquellos obreros y dependientes de la industria y el comercio de esta capital que más se hayan distinguido por su laboriosidad y honradez.

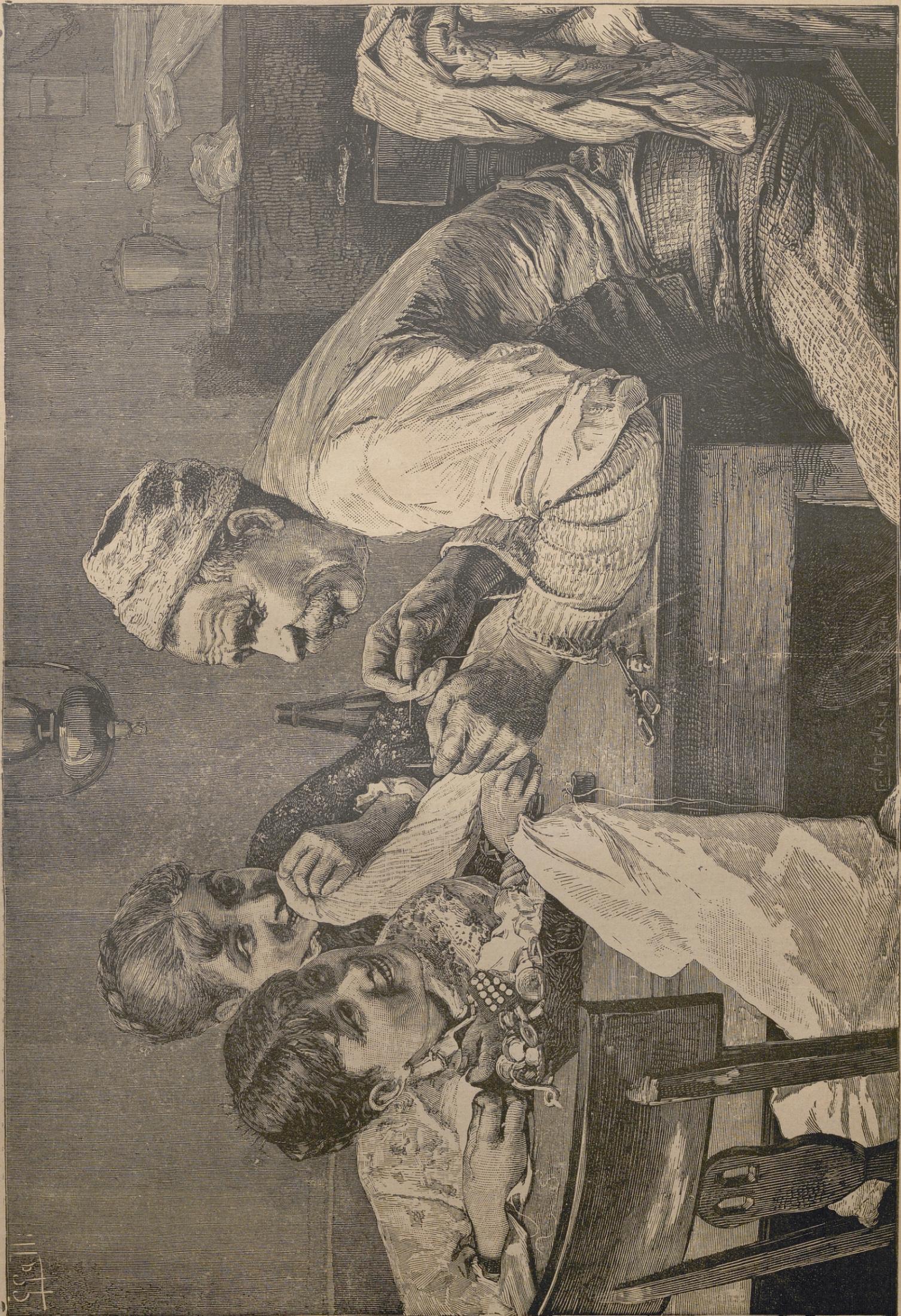
Las bases para la concesión de dichos premios son las siguientes:

1.^a Para optar a cualquiera de los premios en metálico se necesita llevar por lo menos quince años consecutivos de ejercicio de dependiente u obrero en un mismo establecimiento, taller ó fábrica, y diez para las menciones honoríficas.

2.^a Los aspirantes deberán presentar una solicitud dirigida al presidente del Círculo de la Unión Mercantil, en la que se exprese edad, naturaleza y méritos, acompañada de una certifica-



TRABAJO Y VIGILANCIA



EL SASTRE DEL CAMPILLO

1855

ción del jefe del establecimiento, taller ó fábrica, en la que se manifieste los años de servicio, conducta y méritos del solicitante.

3.^a Será requisito indispensable que las certificaciones que expidan los jefes ó patronos vengan informadas por el síndico del gremio á que pertenezcan.

4.^a Los solicitantes acompañarán á la exposición que presenten un volante del alcalde de barrio donde estén domiciliados en que se certifique su buena conducta.

5.^a Quedan fuera de concurso todos aquellos que ya obtuvieron premio en el certamen celebrado por los gremios de esta capital el año de 1890.

6.^a El plazo de presentación de las referidas solicitudes tendrá lugar desde el día 25 del corriente hasta el día 9 de Octubre próximo.

7.^a Los premios se dividirán en tres clases: primeros de 125 pesetas y diploma de honor, segundos de 50 pesetas con diploma, terceros menciones honoríficas, ascendiendo el número de los primeros á 25, el de los segundos á 50 y el de las menciones honoríficas á 200.

En el caso que fueran más los individuos que se considerasen merecedores á los premios que el número de éstos, se verificará un sorteo entre todos los interesados.

Madrid 20 de Septiembre de 1892.—*Mariano Sabas Muntisa, Pedro Niembro, Manuel Ortíz de Pinedo y Eduardo González.*

MALATESTA.

ESTRENOS

SE ABREN SUS puertas los teatros de verano, y poco á poco van abriendo las suyas los de invierno, ofreciendo cada cual una lista de compañía más ó menos completa.

¡Qué temporada la próxima temporada de verano! Difícilmente, por no decir imposible, se podría buscar una obra, no ya buena, pero ni regular siquiera, entre las treinta y tantas estrenadas en los teatros por horas, únicos abiertos durante los pasados meses estivales.

Como los teatros de invierno continúen la senda marcada por los de verano, nos divertimos.

Se han inaugurado Apolo, la Alhambra y Es-lava. Dentro de unos días comenzarán sus tareas Lara, la Princesa y la Comedia; la empresa del Príncipe Alfonso piensa continuar durante el invierno, lo cual que me parece la más grande de las calaveradas, y así sucesivamente irán abriendo sus puertas los demás teatros.

El Español.....

**

La cuestión del Teatro Español. Con este epígrafe se han publicado en todos los periódicos y revistas sendos artículos encaminados á llevar la luz á la inteligencia de nuestro respetable é inútil Alcalde, y de todo ello ha resultado que, á la presente, nos encontramos á oscuras y sin saber qué se ha resuelto ni qué se resolverá en esta por tantos conceptos importante y debatida cuestión.

No ha habido caballero con más ó menos conocimientos teatrales que no haya echado su cuarto á espaldas. Hasta un Sr. D'Ayot, que publica poemas en prosa y dirige un periódico titulado *La Reforma Literaria*, se ha permitido escribir una carta á nuestro querido Sr. Bosch, dándole los más prudentes consejos respecto á la reorganización ó reforma del Teatro Español (porque, por lo visto, el Sr. D'Ayot quiere reformarlo todo), á cuya carta el Alcalde contestó con otra en la que le daba gracias por sus felices y desinteresadas observaciones, prometiendo tenerlas muy presentes en el momento oportuno.

Ellos sabrán lo que hacen, y allá se las hayan; pero presumo que si el Sr. Bosch, al arreglar la cuestión del Teatro Español, tiene presentes las observaciones que le ha indicado el Sr. Director de *La Reforma Literaria*, la tal cuestión va á resultar un pastel exquisito digno de que Cavia se encargue de servirle como postre en uno de sus *Platos del día*.

¿Qué actor será el encargado de formar compañía durante la próxima temporada? Esto es lo que no se sabe. Desde hace algún tiempo ruedan por las columnas de los periódicos que este asunto tratan tres nombres de otros tantos actores notabilísimos, sin que todavía se haya fijado la atención en uno que lleve probabilidades de ser elegido.

Vico, Calvo y Mata. No seré yo quien me meta á quitar ni poner méritos al uno ni á los otros. El público los conoce sobradamente, y sabe á qué atenerse ya respecto á la formalidad y talento de cada uno de ellos, sin que necesite para nada las observaciones que se han permitido hacerle algunos articulistas.

El coloso de la escena pretende volver á pisar las tablas del Teatro Español, relegando al olvido la carta famosa que tanto dió que hablar hace algunos años. Enhorabuena; pero no será malo que deje apuntado para recordarlo en su día que con Vico no se asegura la vida del Teatro Español,

aunque bien se podría si él quisiera; y como el tiempo es siempre el encargado de dilucidar estas cuestiones, esperemos á que el tiempo nos diga si asistía la razón ó no á los que se han opuesto á que Vico formara compañía para nuestro clásico Teatro.

Aun tenemos bien reciente el recuerdo de la pasada temporada, durante la cual se han sostenido Calvo y Jiménez con una energía de que no es ni será capaz Vico. Hay temperamentos que se abaten más y más á cada golpe de la suerte adversa, y los hay, por el contrario, que se sublevaron contra las dificultades, y los nuevos obstáculos les sirven para recobrar energías y lanzarse á la lucha con nuevos bríos. Vico no es de estos últimos; Vico se cansa en seguida de todo, y concluye por echarlo á rodar, sin que para tomar una resolución violenta tenga bastantes causas que la justifiquen.

Lo que sea sonará.... En tanto nos quedaremos á solas con nuestra duda, y nos conformaremos con repetir la misma pregunta:

¿Qué actor será el encargado de formar compañía durante la próxima temporada?

**

El primer estreno se verificó en Apolo el jueves de la pasada semana.

Era el de una obra titulada *La meseta de los lobos*, original la letra de... no sé quién, y la música de... no sé cuántos. El público se cansó de escuchar tonterías á las primeras escenas, y la pateó con su poquito de justicia.

No ha sido el principio muy afortunado que digamos; pero la empresa de este teatro cuenta con obras de reputados autores, y en breve repondrá este fracaso con el estreno de alguna nueva producción de más importancia y mejores condiciones. ¡Así sea!

Después de este estreno, se verificó otro en la Alhambra. *Pico de oro* se titulaba la obra, y era original de los señores Fernández Iglesias y San José.

La tal obrita es un dolor. Allí no hay obra, ni argumento, ni se justifica nada, ni pasa nada, en fin, que pueda interesar al público. Este, comprendiendo que la cosa no tenía pies ni cabeza, demostró su disgusto por manera bien elocuente. Pues bien: á pesar de esto, los autores salieron á recibir la silba monumental que les tributaron los *morenos*, en medio de una chillería horrorosa, aunque es posible que los silbidos les pareciesen aplausos, y sólo así se comprende que permanecieran algunos momentos en el proscenio haciendo genuflexiones y dando gracias al público con ligeras inclinaciones de cabeza y acompasados movimientos de las manos que con religiosa unción se llevaban al pecho.

La interpretación hay que confesar que resultó un poquito desigual. La señorita Segovia cantó bastante bien un *vals* (muy bonito por cierto), pero en el resto de su papel de tartamuda, no estuvo tan afortunada.

Tampoco empieza mal la Alhambra.

GUILLERMO DE LOJA.

CRISTÓBAL COLÓN

(Continuación.)

NÚMEROS é imprevistos obstáculos, difíciles de dominar, según todas apariencias, hubieron de oponerse á los favores de Isabel y al cumplimiento de las promesas hechas por Fernando. En el real tesoro faltaba el dinero; las naves empleadas en más urgentes expediciones se hallaban lejos de las españolas costas; los marinos se resistían á emprender tan misteriosa y larga travesía, ó bien desertaban á medida que se les iba reclutando. Las ciudades del litoral, obligadas por orden de la corte á proporcionar las naves, no querían obedecer y desarmar aquéllas que según la opinión general estaban condenadas á cierta y segura pérdida. La incredulidad, el terror, la envidia, la burla, la avaricia, la rebelión misma, rompían en manos de Colón y de los agentes de la corte los medios materiales que para la ejecución de su empresa le habían señalado Isabel y Fernando. Parecía que un genio fatal, obstinado en luchar contra el genio de la unidad de la tierra, quería separar eternamente los dos mundos que el pensamiento de un solo hombre iba á unir eternamente.

Colón atendía y lo dirigía todo desde el monasterio de la Rábida, en que le había hospedado nuevamente su buen amigo fray Pérez de Marchena. Sin la intervención é influencia de este pobre religioso, la expedición no se hubiese podido llevar á buen término. Todas las órdenes de la corte dejaban de obedecerse. El fraile recurrió á sus amigos de Palos, y éstos fiaron en sus plegarias, en su fe y en sus consejos. Los tres hermanos Pinzón, ricos navegantes de Palos, se sintieron al fin penetrados de la convicción y esperanza que el amigo de Colón inspiraba. Creyeron oír la voz de Dios en la de aquel anciano solitario. Se asociaron espontáneamente

á la grande empresa, proporcionaron el dinero, armaron tres carabelas, contrataron marineros en el mismo puerto de Moguer, y para dar ejemplo y buen ánimo á sus hombres, dos de ellos, Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón, resolvieron embarcarse y coger el mando de sus naves. Gracias á este generoso auxilio de los Pinzones, tres carabelas, ó mejor dicho tres barcas, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, se hallaron en condiciones de echarse en alta mar el viernes 3 de Agosto de 1492.

Al rayar del alba, Colón, acompañado hasta la playa por el superior y los monjes de la Rábida que bendijeron el mar y sus velas, abrazó á su hijo que quedó al cuidado de Juan Pérez de Marchena y se embarcó en la *Santa María*, que era la mayor de las tres naves. Arboló en ella la insignia de Almirante de un océano ignorado y de virrey de unas tierras desconocidas. Una gran muchedumbre, así del puerto como de la costa, presenció el embarque. Todo el mundo creía que los expedicionarios no regresarían á las playas españolas. Observábase entre aquella gente más tristeza que esperanza, más lágrimas que alegría. Las madres, las esposas, las hermanas de los marineros echaban en voz baja terribles maldiciones contra aquel funesto extranjero, que con dulces y hábiles frases había seducido el corazón de una reina y tomaba la vida de tantos hombres sin otra responsabilidad que la de sus fantasías y sus sueños. Colón, á semejanza de todos los hombres que arrastran un pueblo más allá de sus preocupaciones, entraba en lo desconocido al rumor de aquellas maldiciones y murmullos. Es la ley de las humanas cosas. Todo lo que traspasa los límites de la vulgaridad en que la humanidad se agita, por más que se trate de conquistar una idea, una verdad, un mundo, la hace murmurar. El hombre es como el Océano. Tiende al movimiento, y un peso natural le sujeta á la inmovilidad. De estas dos tendencias contrarias, nace el equilibrio de su naturaleza: ¡desgraciado quien la rompe!

El aspecto de aquella flotilla, que más parecía de barcos de pesca ó de cabotaje que de naves de alto bordo, contrastaba ante los ojos del pueblo con la grandeza y los riesgos que iba á afrontar de modo tan temerario. De aquellas tres naves, sólo la que montaba Colón tenía puente. Era un flojo y estrecho buque mercante, ya viejo y fatigado por el choque de las olas. Los dos restantes carecían de puente, y un golpe de mar podía hundirlos para siempre en el abismo. Pero su popa y su proa, muy elevadas como las galeras antiguas, sobre la superficie de las ondas, tenían medios puentes cuyo vacío concedía un asilo á los marineros durante las borrascas, impidiendo que el peso de una ola, entrando en su interior, hiciese naufragarlos. Estas carabelas tenían dos mástiles: uno en el centro y otro en la popa. El primero llevaba una vela de forma cuadrada y el segundo otra latina. Unos remos enormes, cuyo manejo era de sí harto difícil, se adaptaban en sus dos bandas haciéndolas navegar con lento y fatigoso impulso. En estas naves de tan desigual medida fué donde Colón embarcó su tripulación, compuesta de ciento veinte hombres. El, de todos ellos, fué el único que montó la súa con rostro sereno, mirada cierta y corazón firme y tranquilo. Sus conjeturas habían revestido en diez y ocho años el carácter de la certidumbre. Aunque hubiese recorrido más de la mitad de su vida y cumplido cincuenta y seis años, no tenía en cuenta lo pasado y miraba siempre hacia adelante. Sentía la juventud de la esperanza y el porvenir de la inmortalidad. Como para tomar posesión de esos mundos hacia los cuales se orientaba, escribió y publicó al montar su nave una relación solemne de todas las fases que su ánimo y fortuna habían recorrido hasta entones para concebir y ejecutar su proyecto. En ella hizo constar los honores, títulos y mandos con los cuales le habían investido sus reyes, é invocó á Jesucristo y á los hombres para que le protegieran en su fe y como en testimonio de su constancia.

«¡Hé ahí por qué, decía al concluir este relato que destinaba al viejo y al nuevo mundo, yo me condeno á no dormir durante este viaje, hasta que vea realizados mis proyectos!»

Un viento favorable que soplabá desde las costas de Europa le llevó dulcemente hacia las islas Canarias, postrer estación de los que surcan el Océano. Bien que rindiere gracias al Ser Supremo por tan buen tiempo que animaba y tranquilizaba á sus hombres, Colón hubiese preferido que un tempestuoso viento le hubiese alejado de aquellos parajes tan conocidos y frecuentados por los buques. Temía, con razón, que la vista de las lejanas costas de España sedujera con los invencibles atractivos de la patria el corazón y los ojos de sus hombres, que tanta irresolución y timidez habían manifestado al embarcarse. En las grandes empresas no hay que dar motivo á la reflexión y al arrepentimiento. Esto constaba al famoso navegante. Deseaba cruzar los límites de los mares conocidos y no poseer más que él solo el medio con que verificar su regreso, para lo cual tenía sus mapas y su brújula. Una de sus carabelas, la *Pinta*, cuyo timón se había roto y cuya cala hacia agua, le hizo fondear bien á pesar suyo en las Cana-

rias, para cambiarla con otra nave. Esto le hizo perder cerca de tres semanas sin que pudiese hallar un buque á propósito á su larga travesía. No tuvo más remedio que hacer calafatear la *Pinta* y dar otro velamen á la *Niña*, nave lenta y pesada que retardaba constantemente su marcha. En las Canarias renovó el agua y las vituallas. La estrechez de sus carabelas y el carecer éstas de puente, solo le concedían holgura para llevar la vida de sus ciento veinte hombres por un tiempo limitado.

Luego de dejar aquellas islas, el volcán de Tenerife, cuya erupción inflamaba el cielo y se reverberaba en la mar, aterrorizó á sus hombres, que creyeron ver en él la flamante espada del ángel que lanzó al primer hombre del Edén, prohibiendo á los hijos de Adán la entrada en los mares y las tierras ignoradas. El Almirante fué de nave en nave con objeto de calmar aquel terror popular y explicar científicamente á sus sencillos marineros las leyes físicas de aquel fenómeno. Mas la desaparición del pico de Tenerife les dió tanta tristeza como pánico les habían inspirado sus olas y cataratas de lumbre. El volcán había sido para ellos el último límite, el último faro del antiguo y viejo mundo. Al perderle de vista creyeron perdidos los últimos jalones de su camino á través de inconmensurables espacios. Parecióles que se habían desprendido de la tierra y que navegaban en el éter de algún otro planeta. Sintieron una postración general así en el cuerpo como en el alma. Eran como espectros, que no aciertan á encontrar su sepulcro. El Almirante los llamó á su nave, reanimó su espíritu con la energía del suyo, y abandonándose como el poeta de lo desconocido á la inspiración elocuente de sus esperanzas, les describió, como si las hubiera ya visitado, las tierras, las islas, los mares, los reinos, las riquezas, las vegetaciones, los soles, las minas de oro, las playas sembradas de perlas, las montañas deslumbradoras con sus piedras preciosas, las llanuras embalsamadas con el perfume de las especias de las regiones que se levantaban al otro lado de aquel espacio, cuya ola empujaba á ellas sus naves como á un país donde no reinaba más que lo bello, lo maravilloso y lo grande. Estas imágenes, ofrecidas con los colores que brotaban de la fantasía opulenta de su jefe, reanimaron su corazón desalentado: los vientos alisios, soplando constante y dulcemente del este, parecían secundar la impaciencia de los marineros. Sólo podía asustarles la distancia. Colón, para robarles una parte del espacio á través del cual los arrastraba, suprimía diariamente del cálculo de las leguas recorridas una parte de la distancia ya salvada, y quitaba así la mitad del camino hecho á la imaginación de sus pilotos. El notaba para sí solo el verdadero camino andado para conocer el número de olas franqueadas y los jalones del camino que debía ocultar á la manera de secreto á sus marinos. Estos, ilusionados realmente por el soplo igual y monótono del viento y por la tranquila oscilación de aquellos mares, creían que flotaban lentamente en los postreros límites de la mar de Europa.

Asimismo, deseaba ocultarles un fenómeno, que al encontrarse á doscientas leguas de Tenerife, había desconcertado su ciencia. Este fenómeno consistía en la variación de la aguja imantada de su brújula, que era su único é infalible guía, la cual, en aquel desconocido hemisferio, vacilaba constantemente. Por espacio de algunos días, nadie sino él conoció aquel terrible secreto. Pero sus pilotos notaron muy luego aquellas variaciones. Sobrecogidos también por la extrañeza del fenómeno, pero no teniendo cual su jefe la inquebrantable resolución de desafiar hasta la misma naturaleza, creyeron que los elementos cambiaban ó turbaban sus leyes al llegar á los lindes de aquellos espacios infinitos. El vértigo de que creyeron víctima á la naturaleza hubo de apoderarse de su alma. Se comunicaron palideciendo sus dudas y abandonaron sus naves á los azares de las olas y los vientos, únicos guías en que podían contar en lo futuro. Su desaliento consternó á los demás tripulantes. Colón, que buscaba en vano la explicación de un misterio que aún no ha podido aclarar la ciencia, recorrió á su fecunda imaginación—que era la brújula con que le había dotado el cielo—é inventó una explicación falsa, bien que especiosa y convincente para hombres sin cultura. Atribuyó las variaciones de la aguja á la influencia de nuevos astros que circulaban al rededor del polo, y tal explicación, adaptada á los principios astrológicos del tiempo, tranquilizó á los pilotos, cuya credulidad hubo de devolver la fe perdida á sus hombres. La vista de dos pájaros del trópico, que al día siguiente revolotearon en torno de los mástiles, obró en sus sentidos de igual manera que la explicación del Almirante había obrado en su pensamiento. Aquellos dos habitantes de la tierra no podían vivir en un Océano sin árboles, sin hierbas y sin aguas. Los consideraron al modo de dos testigos que certificaban antes de verlo con sus ojos la verdad de lo que había meditado su Almirante. Con la fe que hubieron de darles aquellos dos pájaros, continuaron el viaje más tranquilos. La temperatura suave, igual y serena de aquella parte del Océano, la limpidez del firmamento, la transparencia del mar, las bandadas

de delfines que jugaban al rededor de la proa, los perfumes que las ondas traían desde lejos y que se evaporaban con su espuma, el vivo resplandor de las constelaciones y estrellas; todo en aquellas latitudes infundía gran convicción al alma y gran serenidad á los sentidos. Se respiraban los presagios de un mundo que aún permanecía invisible. Aquello recordaba los días resplandecientes, los hermosos astros, las luminosas tinieblas que caracterizan la primavera en las regiones andaluzas.

La mar anunciaba igualmente sus presagios. Plantas desconocidas flotaban á menudo sobre las olas. Unas, dicen los que han historiado este primer viaje, eran plantas marinas que sólo se crían cerca de las playas del mar; otras, plantas solitarias que las ondas arrancan de los peñascos; estas eran plantas fluviales; aquellas parecían frescamente desarraigadas y conservaban todo el verdor de su savia. Una de ellas traía un cábaro vivo como un navegante embarcado sobre un macizo de madera. Aquellas plantas y aquellos seres vivientes no podían pasar mucho tiempo en el agua sin morir. Un pájaro de esos que no se detienen sobre las olas y que no duermen sobre el agua, cruzó el espacio. ¿De dónde venía? ¿Adónde iba? ¿Estaba muy distante el lugar donde dormía? Más lejos, el Océano variaba de temperatura y de color, indicios de que variaban los fondos; semejava una gran pradera marítima cuyas herbáceas y verdosas ondas eran segadas por las proas. A la tarde y por la noche, brumas lejanas, semejantes á las que coronan las cumbres elevadas, se dibujaban al horizonte imitando las playas y los montes. El grito de tierra se hallaba en los labios de todos; pero Colón no quería confirmar ni desvanecer por completo las esperanzas de su gente, porque secundaban sus proyectos y reanimaban los espíritus. Más él creía que sólo se hallaba á trescientas leguas de Tenerife, y, según creía, la tierra que buscaba se hallaba setecientas ú ochocientas más lejos.

Esto sin embargo, guardaba para sí sus conjeturas: no creía en la firmeza de corazón de sus amigos ni los estimaba con voluntad bastante para desafiar sus aprensiones. No tenía en aquella larga travesía más conversación que la que le ofrecían sus propios pensamientos, los astros y Dios, de quien parecía ser el confidente. Casi sin dormir, conforme había dicho al despedirse del viejo mundo, pasaba los días en su cámara de popa, notando en caracteres que sólo él entendía los grados, las latitudes, los espacios que creía ya franqueados; pasaba las noches sobre el puente y al lado de sus pilotos estudiando los astros y los fenómenos de los mares. Casi siempre estaba solo, á la manera de Moisés cuando guió al pueblo de Israel en el Desierto, imprimiendo en sus compañeros y con su pensativa gravedad, ora el respeto, ora la desconfianza, ora un terror que les alejaba de su lado; aislamiento ó distancia que se observa casi siempre al rededor de los hombres superiores al vulgo en ideas y altas resoluciones, ya porque el genio reclama la soledad y el recogimiento para conversar con sí mismo, ya porque los hombres inferiores, á quienes intimida, no querían acercarse á él para no medirse con su gigantesca talla y sentir su pequeñez ante su inmensa grandeza.

Esto sin embargo, la tierra con tanta frecuencia indicada no se mostraba al horizonte: únicamente se veía en el espejismo de los tripulantes. Todas las mañanas, la proa de las carabelas disipaba las fantásticas lontananzas que las brumas de la noche les hacía tomar por playas. Entretanto, iban navegando como si los buques se dirigiesen á un abismo sin fondo y sin orillas. La regularidad y constancia con que soplaban los vientos del este, sin que tuviesen necesidad de orientar hacia esta dirección sus velas, producían en ellos gran espanto. Creían que este viento reinaba constantemente en aquellas latitudes, y que luego de haberles empujado con tanta facilidad hacia el oeste, les sería imposible remontar aquel camino. ¿De qué modo lucharían á su regreso con tan contrario viento sino dando bordadas? Y si tenían que recurrir á ellas para volver al mundo viejo, ¿cómo sus ya escasas vituallas podrían bastar á una navegación de muchos meses? ¿Quién los salvaría de la horrible perspectiva de morir de sed y de hambre en su larga lucha con aquellos vientos que los rechazaban de sus puertos? Muchos empezaban á calazar sobre los días que podrían durar sus provisiones, á murmurar contra la obstinación siempre fallida de su jefe y á reprochar en voz baja un celo y perseverancia que sacrificaba la vida de ciento veinte hombres al desvarío de uno solo.

Pero cuando el murmullo revestía las formas de la sedición, la Providencia enviaba á aquella gente presagios más claros y convincentes, que trocaban en esperanza el desaliento. Así, por ejemplo, el 20 de Septiembre, aquel viento favorable pero que alarmaba por su constancia, hubo de cambiarse por otro del sudoeste. Los marineros saludaron con regocijo este cambio: era una señal de vida y de movilidad en nuevos elementos que palpitaban en el lienzo de sus velas. Al llegar la noche, unos pajarillos que anidaban en los arbustos revolotearon pidiendo al rededor de los mástiles. Sus frágiles alas y sus regocijados cantos no revelaban en ellos ningún síntoma de can-

sancio ó de espanto, como sucede con esas bandadas de pájaros que son lanzadas por un golpe de viento y bien á pesar suyo al interior del Océano. Sus trinos, á semejanza de los que oían los marineros en los bosques de mirtos y naranjos de Andalucía, les recordaban su patria y les hacían entrever playas que no podían estar muy lejanas. Notaron entre ellos algunas avecillas que habían los techos en que se cobijan los hombres. Las hierbas marinas, poblando la superficie de las aguas, daban á éstas el aspecto de verdes y feraces praderas. La vegetación oculta en el fondo del Océano se mostraba á sus ojos antes que la tierra. Su vista alegraba á los marinos fatigados con el eterno azul de aquellos mares. Pero luego se hicieron tan densas, que creyeron que su timón se enredaría con ellas y que permanecerían cautivos entre los juncos del Océano, como las naves de la mar del Norte quedan presas y enclavadas entre los hielos polares. De este modo, cualquier alegría se convertía en lágrimas: tanto es el espanto que lo desconocido infunde al corazón del hombre. Colón, guía principal que buscaba su ruta por entre aquellos misterios de Océano, fingía comprender lo que tanto le extrañaba, y se veía obligado á dar una explicación de todos los fenómenos que á sus compañeros sorprendían.

La calma chicha de la línea hubo de consternarles. Si todo, hasta el viento, moría en aquellas latitudes, ¿qué es lo que impulsaría sus velas y daría movimiento á los bajeles? De pronto la mar se hinchó sin que soplará la brisa, y creyeron que en el fondo de su lecho se operaban convulsiones subterráneas. Vieron una ballena inmensa durmiendo sobre las olas y la tomaron por un monstruo que devoraba los buques. Las ondulaciones del mar les llevaban á corrientes que no les era posible dominar por la carencia de viento, y se figuraron que se acercaban á las cataratas del Océano y que iban á ser precipitados en los líquidos abismos, donde el diluvio había estancado sus aguas. Aquellos hombres se reunieron tristes, sombríos, irritados, al pie de los mástiles; se comunicaban en alta voz sus impresiones; hablaban de forzar á los pilotos á virar de bordo, de arrojar al mar á su jefe, como un insensato que les daba á elegir entre la muerte ó el suicidio. Colón, á quien sus miradas y sus murmullos revelaban el complot, les desafiaba con su actitud, ó les dominaba con su confianza.

La naturaleza acudió en su auxilio, enviando los frescos vientos del este, que calmó el mar bajo las proas. Alonso Pinzón, que mandaba la *Pinta* y que navegaba lo bastante cerca del Almirante para que pudiese ser oído por éste, fué el primero que lanzó el grito de ¡Tierra! Los marineros, al oír este grito de salvación, de vida, de triunfo, cayeron de rodillas sobre los puentes y entonaron el himno de *Gloria á Dios en el cielo y en la tierra*. Este canto religioso, primer himno dirigido al Supremo Creador desde el seno de aquel Océano, rodó con lentitud sobre las ondas. Cuando sus ecos se extinguieron, todo el mundo subió á las vergas, á los cordajes, para tomar con los ojos posesión de las playas que Alonso Pinzón había entrevisto al sudoeste. El único que tenía sus dudas era Colón; pero se sentía harto inclinado á creer para que desvaneciese el delirio de sus hombres. Por más que en su concepto debía hallar la tierra en el oeste, dejó que sus pilotos gobernaran hacia el sur durante toda la noche, prefiriendo perder algún camino para complacer á su gente que perder la efímera popularidad á su ilusión debida. Los primeros rayos del sol la disiparon. La tierra imaginaria de Pinzón se había evaporado con la bruma de la noche. El Almirante entonces hizo que se gobernara al oeste.

El mar aplanó de nuevo su líquida superficie, y un sol sin límites y sin nubes se reverberaba en él como un segundo cielo. Las olas acariciaban la proa de las naves coronándola de espuma; los delfines, más numerosos que nunca, brincaban siguiendo su blanca estela; las aguas parecían habitadas; los peces volaban y caían sobre los puentes de las naves; todo parecía concertarse con el Almirante á fin de reanimar la esperanza de sus hombres. En primero de Octubre creían que sólo habían andado seiscientas leguas en parajes que no eran frecuentados por los navegantes; Colón sabía por sus apuntes que habían andado ochocientas. Entretanto, las señales que indicaban la proximidad de la tierra iban creciendo; pero nada se veía al horizonte. Entonces fué cuando empezó á asustarse. Bajo su aparente calma brotó la frialdad de la duda: creyó que había cruzado, sin percibir las, á través de las islas de un archipiélago que había dejado tras sí la extremidad del Asia y que se perdía, extraviado, en un tercer Océano.

La más ligera de sus naves, la *Niña*, que iba á la descubierta, izó por fin en 7 de Octubre su pabellón y disparó un cañonazo que anunció una costa á las otras carabelas; pero al acercarse al punto descubierto se vió que era una nube. El viento, disipándola en los aires, disipó también su alegría. Esta se cambió en espanto. Nada fatiga tanto el corazón del hombre como esas alternativas de falsos regocijos y de amargas decepciones. Son sarcasmos de la fortuna. Los reproches contra el Almirante empezaron á brillar en todos

los semblantes. No sólo veían en él la causa de sus divisiones y fatigas, sino que por él sacrificaban su vida sin que les alentase una esperanza. El pan y el agua iban á faltar de un día á otro. Desconcertado por la inmensidad de aquel espacio cuyos límites creía tocar de un momento á otro, Colón abandonó el camino ideal que había trazado en su mapa, y siguió durante dos días y dos noches el vuelo de las aves; pilotos celestiales que parecía enviarle la Providencia en el momento en que perdía su fe en la ciencia humana. El instinto de estas aves, decíase, no las dirigiría todas á un determinado punto del horizonte si no viesan en él alguna playa. Mas aquellos pájaros, á los ojos de los marineros, parecían entenderse con los desiertos del Océano y con los astros mentirosos para burlarse de ellos. Al tercer día, los pilotos vieron desde sus puentes cómo el sol se hundía en las mismas olas de entre las cuales se alzaba en vano, después de tantas auroras. Creyeron en lo infinito de los mares. Su desesperación hubo de trocarse en furor sordo. ¿Qué debían esperar de un jefe que había engañado á la corte y cuyos títulos y autoridad, cedidos por la confianza de sus reyes, iban á perecer con todas sus ilusiones? ¿Por ventura el seguirle por más tiempo no equivalía á asociarse á su crimen? ¿La obediencia no debía concluir allí donde concluía el mundo? Si había una esperanza, ésta consistía en volver la proa hacia Europa, luchar, dando bordadas, con los vientos, que eran los cómplices del Almirante, y encadenar á éste á los mastiles para que oyese las maldiciones de los moribundos, si es que debían morir, ó bien entregarle á la venganza de España, si efectivamente algún día regresaban á sus puertos.

Todos estos murmullos se habían convertido en clamores. El intrépido Almirante los reprimía con la impasibilidad tranquila de su rostro. Invocó contra los sediciosos la autoridad con que le habían investido sus reyes é invocó al cielo mismo, juez suyo y de sus hombres. No cejó en su idea; ofreció su vida en garantía de sus promesas y les pidió tan sólo, con el acento de un profeta que ve con sus ojos lo que el vulgo sólo percibe por instinto, que aplazaran por tres días su incredulidad y su resolución de volver á Europa. Hizo el juramento atrevidísimo, pero al mismo tiempo hábil y político, de que si dentro del tercer día la tierra no se mostraba al horizonte, él cedería á sus instancias y les conduciría á su patria. Los signos reveladores de la existencia de islas ó de continentes próximos, eran tan visibles á sus ojos que al mendigar aquellos tres días á su tripulación sublevada, tenía la certidumbre de que daría término á su empresa. Colón tentaba á Dios fijando un plazo á la realización de su idea; pero así triunfaba de los hombres. Estos, bien á pesar suyo, le concedieron los tres días, y el cielo, que le inspiraba, no le castigó por haber cifrado en él sus esperanzas.

Al aparecer el sol del segundo día vieron en torno de las carabelas algunos juncos frescamente arrancados. Un trozo de madera que había sido trabajado con un hacha, un bastón artísticamente cincelado, por medio de un instrumento cortante, un nido de aves suspendidas á una rama cortada por el viento, llena de huevos que la madre empollaba al rumor dulce de las ondas, flotaron sucesivamente ante los ojos de los marineros, que recogieron sorprendidos esos testimonios vivos y elocuentes de la proximidad de la tierra. Eran las voces de la playa que confirmaban la de Colón. Antes de contemplar la tierra con sus propios ojos, se la adivinaba con aquellos indicios de vida: los sediciosos cayeron de rodillas ante el hombre que el día anterior habían ultrajado, y rogando que les perdonara su desconfianza, entonaron un himno de reconocimiento á Dios, que les había asociado á su triunfo.

La noche cayó sobre aquellos cantos de la Iglesia que saludaban un mundo nuevo. El Almirante dió orden para que se aferrasen las velas, se sondearan los fondos y se navegara con lentitud para evitar los escollos ó bajíos, convencido de que á los primeros resplandores del crepúsculo descubrirían la tierra bajo la proa de sus naves. Nadie en aquella suprema noche pudo cerrar los ojos. La impaciencia les había robado el sueño. Los pilotos y los marineros, colgados en los mástiles, las vergas y los cordajes, rivalizaban en atención y celo para lanzar la primera mirada sobre el nuevo hemisferio. El Almirante había prometido un premio al primero que lanzase el grito de ¡Tierra! Mas la Providencia reservaba á Colón mismo esta mirada, que había comprado con veinte años de su vida y con tantos riesgos y constancia. Como se paseara solo en la cubierta de su nave, á la media noche y cuando tenía sus ojos fijos en la oscuridad de las tinieblas, vió una luz que se encendía, se apagaba, y cruzaba y volvía á desaparecer sobre el nivel de las ondas. Sospechando que se equivocaba y que aquello podía ser una ilusión ó una fosforescencia del mar, llamó en voz baja á un caballero español de la corte de Isabel, llamado Gutiérrez, en el cual tenía más fe que en sus pilotos, le indicó el punto del horizonte donde había visto la luz y le preguntó si él, á su vez, la percibía. Gutiérrez le contestó que efectivamente veía brillar en aquella dirección una luz móvil y fugitiva. Colón, para afirmarse más en lo que había visto, llamó á

Rodrigo Sánchez de Segovia, otro de sus confidentes. Sánchez, al igual que Gutiérrez, dijo que se veía una luz al horizonte. Mas no bien ésta aparecía cuando inmediatamente se eclipsaba. Luego volvía á brillar en una emersión alternativa del Océano, ya porque fuese la llama de un hogar ardiendo en una playa baja y descubierta y sucesivamente ocultada por el móvil horizonte del mar, ya fuese el fanal ondulado de alguna canoa pescadora que se elevaba sobre la cresta de las olas y abismada entre sus pliegues. Así la tierra y la vida aparecieron de un solo golpe á Colón y á sus dos confidentes en la noche del 11 al 12 de Octubre de 1492. Recomendando el silencio á Sánchez y á Gutiérrez, Colón no participó á nadie su descubrimiento temiendo dar una falsa alegría y una amarga decepción á sus hombres. Perdió de vista aquella luz y veló hasta las dos de la madrugada, rogando, esperando y desesperando sobre el puente y ansioso porque brillaran los primeros albores del día que debía darle el triunfo ó en que volvería á regresar á Europa.

Sentíase víctima de esa angustia que precede al nacimiento de las grandes verdades, como la agonía precede á la gran emancipación del alma por la muerte, cuando de pronto un cañonazo retumbando sobre el Océano á algunas centenas de brazas de la *Santa María*, estalló como el ruido de un mundo á su oído y le hizo estremecer y caer de rodillas sobre la duneta. Era el grito de ¡Tierra! lanzado por el bronce, señal convenida con la *Pinta*, que navegaba á la cabeza de la flota para sondear el mar y esclarecer el camino. Al oír el cañonazo, un grito de ¡Tierra! salió de todas las vergas y cordajes de las naves. Se aferraron las velas y se esperó la aurora. El misterio del Océano había pronunciado su primera palabra en el seno de la noche. El día iba á revelarlo por entero á las miradas de todos. Suaves y desconocidos perfumes llegaban hasta los buques, junto con las sombras de una costa, el rumor de las ondas chocando en los arrecifes, y las brisas de la tierra. El fuego percibido la noche antes indicaba la presencia del hombre y el primer elemento de la civilización. Jamás hubo noche alguna que fuese tan lenta en correr el velo al horizonte, pues este horizonte era para los compañeros de Colón y para este mismo una segunda creación de Dios.

El crepúsculo iluminando el espacio hizo brotar lentamente una isla del seno de las ondas. Sus dos extremidades se perdían en las brumas de la mañana. Su costa algo baja se elevaba á modo de anfiteatro hasta la cima de unas colinas cuya sombra verde contrastaba con la limpidez azul del firmamento; á algunos pasos de las moribundas olas, sobre una arena de color amarillento, levantábanse bosques de majestuosos árboles, los cuales se extendían cual verdes é inmensas graderías sobre los escalonados accidentes de la isla. De vez en cuando, algunos claros luminosos permitían ver los misterios de aquellas soledades. Entre aquellas masas de verdura descubriábanse habitaciones que estaban diseminadas y que parecían colmenas de hombres por su redonda forma y por sus techos formados de ramas de árbol secas. Aquí y allí, por entre las cimas de los bosques veíanse torbellinos de humo. Grupos de hombres, de mujeres y niños, mostrándose más sorprendidos que asustados, se ofrecían casi desnudos entre los troncos de árboles más cercanos á la playa; avanzaban con timidez, se retiraban demostrando con sus gestos y sencillas actitudes, curiosidad, temor y admiración por aquellas naves y extranjeros que en la noche anterior les habían traído las ondas.

Colón, después de haber contemplado en silencio aquella primera playa de la tierra que con tanta frecuencia había construido en sus cálculos y que tan magníficamente había adornado su fantasía, la encontró aun mucho más superior de lo que él la había imaginado. Sentía gran impaciencia por imprimir en ella el pie de un europeo y enarbolar en su arena el signo de la cruz y el pabellón de Castilla, estandarte de la conquista de Dios y de la conquista de los reyes que habían utilizado su genio. Pero contuvo en sí mismo y en sus hombres, el deseo de abordar en aquella costa, queriendo revestir la toma de posesión de un mundo nuevo con la solemnidad del acto, quizá más grande, realizado por un navegante y llamar en defecto de los hombres, á Dios, á los ángeles, al mar, á la tierra, al cielo, en testimonio de su conquista de lo desconocido. Revisió las insignias de Almirante del Océano y de virrey de los países que se irían descubriendo; cubrióse con el manto de púrpura, y cogiendo en su mano derecha un pendón en el cual se veía bordada una cruz y las cifras de Fernando é Isabel entrelazadas como sus reinos, y sobre los que se veía una corona, bajó á una chalupa y seguido por otros dos botes en que iban sus dos lugartenientes Alonso y Yáñez Pinzón, se dirigió hacia la playa. Al tocar la tierra, cayó de rodillas para consagrar con un acto de humildad y adoración el don y la grandeza de Dios en aquella parte nueva de sus obras.

Besó la arena, y con el rostro pegado á ella vertió abundante llanto. Eran lágrimas de doble sentido y de doble augurio, que humedecían por primera vez la arcilla de aquel hemisferio visita-

do por hombres de la vieja Europa; lágrimas de alegría para Colón que rebosaban de un corazón piadoso y hondamente agradecido; lágrimas de duelo para aquel mundo virgen que presagiaban las calamidades, las devastaciones, el fuego, el hierro, la sangre y la muerte que aquellos extranjeros le traían con su orgullo, su ciencia y su espíritu de dominio. El hombre vertía lágrimas: la tierra debía llorar.

«¡Dios eterno y todopoderoso, exclamó Colón irguiendo su frente y en una plegaria latina que nos han conservado sus compañeros; Dios, que por la energía de tu palabra creadora, diste vida al cielo, al mar y á la tierra; que sea bendecido tu nombre y glorificado en todas partes; que tu majestad y soberanía universal sea exaltada por los siglos, ya que permites que por el más humilde de tus esclavos tu sagrado nombre sea conocido y esparcido en esta mitad hasta hoy ignorada de tu imperio!»

Luego bautizó esta isla con el nombre de Jesucristo, llamándola de San Salvador.

ALFONSO DE LAMARTINE.

(Continuará.)

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Ocios de la caza.—A los cazadores, á los adeptos al ejercicio de San Huberto y San Eugenio, corresponde apreciar el placer que se experimenta, después de algunas horas de fatiga en día destemplado y frío, al cobijarse bajo techado, no lejos de la lumbre y junto á una mesa provista de lo necesario para aplacar un apetito devorador.

El cazador que campea en nuestro grabado ha satisfecho ya esta primera necesidad y saborea la cargada pipa, acariciando á sus perros, que parecen instarle á empuñar de nuevo la escopeta y á lanzarse sin pérdida de tiempo al saludable aunque en cierto modo peligroso ejercicio.

Trabajo y vigilancia.—Ahí tenéis una niña nacida para trabajar, que no conoce ni los bailes de los salones, ni los teatros; y no diremos paseos, porque mejor paseo que el que circunda la pobre casita de sus padres, no lo tienen las grandes ciudades, por muy hermosos que los de éstas sean.

Vive trabajando, es verdad, convirtiéndose en vigilante de la hacienda del señor, confiada en arrendamiento á su padre; pero no olvidando otros quehaceres, como la calceta, propios también de toda mujer.

Si le habláis de tocar el piano, se quedará en ayunas, sin saber qué contestaros. ¿Qué entiende la pobrecilla de esas cosas? No habrá oído, á buen seguro, otros instrumentos que los pastoriles, á cuyo compás habrá bailado en las fiestas de la aldea.

Pero á pesar de carecer de las ventajas de las poblaciones, no vive ni envidiosa ni envidiada; es decir, envidiada puede ser por alguna señorona que quisiera, como ella, pasear, llevando al lado un acompañante tan fiel, y aspirar de paso el perfume del tomillo y de la madreseiva, y los aires saludables del campo, que ensanchasen sus pulmones.

Nuestro grabado es reproducción de un notabilísimo cuadro de H. Salentín, que, al ser expuesto, encantó á todos por su sencillez y colorido.

El sastre del Campillo.—Este grabado es un jocoso cuadro del cual es protagonista el famoso y hourado industrial que, según la tradición, no sólo cosía de balde, sino que, encima, ponía el hilo. La profunda atención con que el generoso maestro se dispone á enhebrar la aguja, tras de varias infructuosas tentativas en la consecución de dicho objeto, es de lo más cómico que darse puede, y produce en las graciosas oficiales que le observan la retozona sonrisa revelada en sus lindos y picarescos semblantes.

¡Lástima que la abnegada raza de sastres como el del Campillo se haya extinguido!

Aunque, bien mirado, también los sastres de ahora nos ponen encima el hilo.

Como que suele dejarnos como uno de holán, de la sangría que nos hacen al presentarnos algunas cuentas.

Digo, y más encima creo que no se nos pueda poner el hilo.

ADVERTENCIAS

IMPORTANTE

Suplicamos encarecidamente á aquellos de nuestros suscriptores que sufran algún entorpecimiento en el reparto de esta Revista que reclamen y se entiendan directamente con la Administración de ESPAÑA Y AMÉRICA (plaza del Biombo, 2, Madrid), pues á varios corresponsales hemos tenido que suspender la remesa de ejemplares que tenían pedidos por falta de cumplimiento en los pagos.

—Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

—Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

—De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TONICO-GENITALES Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**
De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

ELEMENTOS DE TERAPÉUTICA Y FARMACOLOGÍA

POR EL
DOCTOR RABUTEAU
VERSIÓN ESPAÑOLA DE LOS DRES. D. JOSÉ SÁENZ Y CRIADO
Y D. TOMÁS JAUREGUI Y ECHAVE
Segunda y última edición.

Según la opinión de los hombres de ciencia y de la prensa facultativa de Europa, la TERAPÉUTICA del doctor Rabuteau es el libro más completo de esta importante rama de la medicina, tanto por el método y la exposición sistemática que ha dado á dicha ciencia, como por los numerosos hechos y descubrimientos personales que ha aportado a ella.

La adquisición de esta obra para los estudiantes de medicina y para los mismos médicos se recomienda por su utilidad para el estudio de esta asignatura y para la práctica de la clínica.

Consta de dos tomos en 4.º, que se venden á 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias. Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, plaza del Biombo, 2, Madrid.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE F. LAURENT

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO
DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS
Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR J. A. FORT

Director de la Revista Quirúrgica y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

En breve se pondrá á la venta la tercera edición, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. Armas y Céspedes; formará dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto.

Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En
publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juristas. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De *El Firmamento*, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Ocsiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan *Americanos ó de pared*, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanques, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Ocsiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frías.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de *Antiguos oficiales de Prats*, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro. — Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.



Contiene todas las voces de nuestro idioma, las técnicas de ciencias, artes y oficios, las provinciales, las americanas, el dialecto de los gitanos (lengua germánica) é infinidad de palabras y acepciones que faltan á los *Diccionarios* publicados hasta el día.
Esta obra consta de dos tomos en folio, y se adquiere por suscripción al precio de 50 céntimos cuaderno de 32 páginas; completa, en pasta, 34 pesetas, y 40 en tapas de lujo.